

El vector de la *inmanencia*

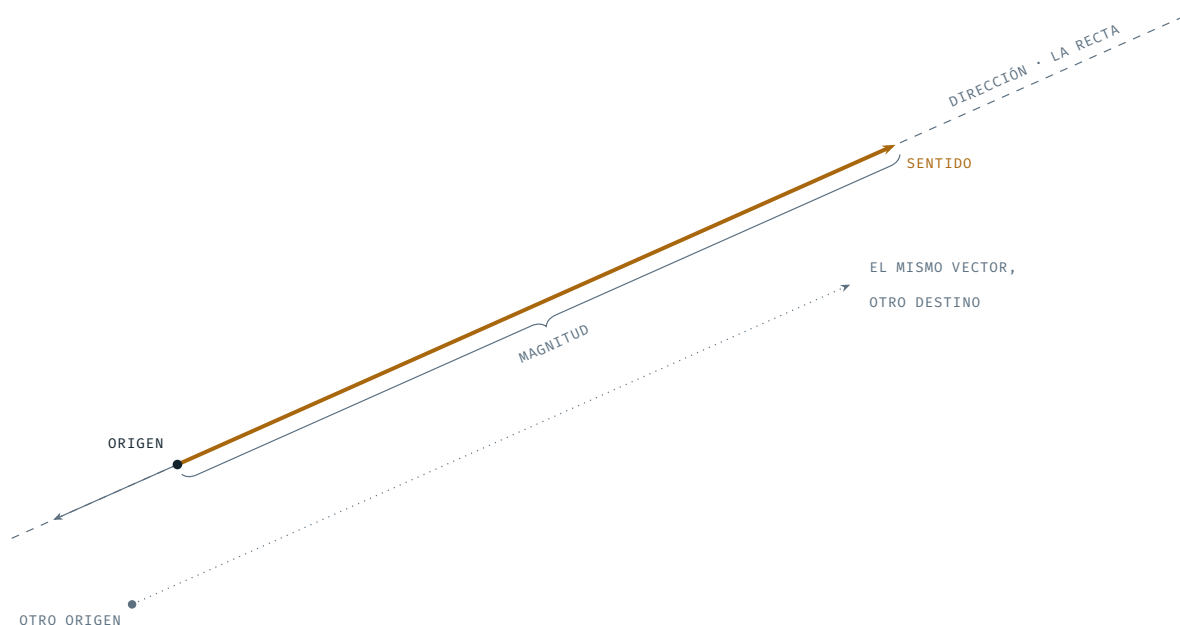
Una filosofía en cinco componentes y un desenlace.
Qué debe contener un pensamiento para que no se agote en sí mismo, y por qué es la acción la que lo pone a prueba.

VÍCTOR MANUEL HERNÁNDEZ LIZÁRRAGA

doi:10.5281/zenodo.21895265 • orcid:0009-0002-2142-3603

Satélite de «El andamio y la pregunta» • doi:10.5281/zenodo.21434177

© 2026 Víctor Manuel Hernández Lizárraga • CC BY 4.0



Cuatro atributos independientes. **Dirección** es la recta —el dominio en que uno se juega algo—; **sentido** es hacia qué extremo se recorre (la flecha tenue señala el opuesto: mismo dominio, valor invertido); **magnitud** es lo efectivamente desplegado, y solo puede ejercerse, nunca declararse. El cuarto es el **origen**: el trazo punteado repite el mismo vector desde otro punto de partida y no llega al mismo sitio. Es el único atributo que nadie elige.

Lo que sigue consolida una discusión sobre qué componentes debe contemplar una filosofía para merecer ese nombre. El punto de partida fue una tríada —ontológica, teleológica, axiológica—; el resultado es un circuito de cinco componentes que desemboca en la acción y regresa desde ella.

El escrito tiene dos movimientos. El primero, de **anatomía**, ocupa las cinco primeras secciones: qué componentes hacen falta, cómo se articulan y qué ocurre cuando a alguna se le niega sitio. El segundo, de **medida**, va de la sexta en adelante: qué vector afirma una filosofía cuando se ejecuta, cómo se genera, cómo se compone con los demás y qué puede leerse de él en vida. El primero establece que hay algo que medir; el segundo, cómo se mide.

I Qué cuenta como una filosofía

Conviene distinguir *la* filosofía —la actividad de examinar los supuestos que las demás disciplinas dan por sentados— de *una* filosofía: un conjunto articulado de ideas sobre qué existe, qué puede conocerse y cómo debe vivirse, sostenido por razones.

Tres rasgos la definen. Es **sistemática**: sus tesis se sostienen entre sí, no son opiniones sueltas. Se **argumenta**: expone sus razones y acepta que se la refute —eso, y no el contenido, es lo que la separa de una ideología. Y opera en el **nivel más general**: no pregunta si esta ley es justa, sino qué es la justicia.

El esquema que sigue pertenece al segundo sentido, y dentro de él a una variante concreta: está formulado en primera persona. Es una **filosofía de vida** más que un sistema general. La diferencia no es de rigor sino de criterio de éxito: un sistema se juzga por su coherencia y su poder explicativo; una filosofía de vida, además, por si es habitable.

—
Las preguntas filosóficas viven en un intermedio: ningún experimento las zanja, pero tampoco son arbitrarias. Hay respuestas más y menos coherentes.

Qué se entiende aquí por inmanencia

Queda por declarar el término que da título a todo esto, porque a partir de aquí se usará sin más aviso.

Inmanencia es la construcción siempre inacabada de lo que cada quien es: no una esencia guardada dentro a la espera de ser descubierta —una semilla con el árbol ya decidido—, sino una forma que se produce sobre la marcha, en compañía y preguntando. El adjetivo carga el sentido: inmanente es lo que tiene su principio dentro y no fuera. Llamar a una filosofía *de la inmanencia* es decir que no rinde cuentas ante ningún modelo exterior de aquello en lo que uno debería convertirse.

De ahí salen las dos consecuencias que ordenan el resto. Si no hay esencia que descubrir, tampoco hay meta final a la que llegar, y el fin tendrá que ser de otra clase. Y si lo que uno es se hace, entonces cabe preguntar cuánto se ha hecho —esa medida es el vector.

—
La definición procede del glosario de El andamio y la pregunta.

II

La tríada inicial

La formulación de partida contemplaba tres componentes:

- **Ontológica** — ¿Quién soy? ¿De dónde vengo?
- **Teleológica** — ¿A dónde voy? ¿Cuál es mi visión?
- **Axiológica** — ¿Cuáles son los elementos y cómo se articulan para constituir una estrategia válida?

La tríada tiene un linaje respetable, y lo tiene sin proponérselo: reproduce la división estoica del saber en física, ética y lógica, y las tres preguntas con que Kant resumió el interés de la razón —qué puedo saber, qué debo hacer, qué me cabe esperar. Que se reconstruya por cuenta propia indica que las articulaciones son reales y no arbitrarias.

III

Dos correcciones

La tercera componente, tal como estaba definida, no era axiología

«Cómo se articulan los elementos para constituir una estrategia válida» no describe el estudio de los valores, sino la **praxeología**: la teoría de la acción eficaz, de los medios adecuados a un fin. Son preguntas independientes:

Axiológica — ¿por qué vale la pena ese destino y no otro?

Praxeológica — dado ese destino, ¿qué camino lo alcanza?

Una estrategia puede ser impecable y servir a un fin despreciable. La eficacia no valida el fin: lo ejecuta. Si la componente solo evalúa medios, la filosofía queda sin tribunal para juzgar la visión misma —y la visión es justamente la parte que más lo necesita.

Faltaba el componente epistémico

Las tres preguntas presuponen que uno puede responderlas. Pero *cómo sé quién soy* no es lo mismo que *quién soy*. Sin criterio de validación, la ontología se vuelve autobiografía y la teleología, deseo disfrazado de destino.

—
Kant puso «¿qué puedo saber?» en primer lugar precisamente porque es la pregunta que fija el alcance de las otras dos.

En una filosofía personal la componente epistemológica se traduce en algo muy concreto: **¿qué me haría admitir que me equivoqué sobre quién soy o sobre a dónde voy?** Una filosofía sin respuesta a eso no es falsable, y una filosofía infalsable no es un pensamiento: es una identidad.

IV

Las dos bisagras

Pasar de *quién soy* a *a dónde voy* es pasar de un hecho a una obligación. Desde Hume sabemos que ese tránsito no es válido sin una premisa intermedia: de que yo *sea* de cierta manera no se sigue que *deba* dirigirme a cierto lugar.

Los valores son exactamente esa premisa. No son un ítem más en una lista de tres: son la articulación que vuelve legítimo el paso entre los otros dos. Y una vez que la praxeología se separa de ellos y la epistemología entra a cerrar el recorrido, la lista deja de ser lista y se vuelve circuito.

Pero hay un segundo orden

Contra esto puede objetarse —con razón— que la bisagra entre lo que uno es y aquello en lo que florece no son los valores, sino el mecanismo: la praxeología, aquello por lo que uno efectivamente se hace. Y quien lo objete tiene razón, solo que sobre otra pregunta.

Conviene separar dos órdenes que suelen confundirse. Por **génesis** —cómo algo llega a ser— primero está el material, después la actividad y al final el resultado: los ladrillos se colocan antes de que la casa exista. Por **justificación** —qué manda sobre qué— el recorrido es el inverso: la idea de la casa gobierna cómo se colocan los ladrillos. En el tiempo, el medio precede al fin; en el orden de las razones, el fin manda sobre el medio.

Con esa distinción la disputa se disuelve, porque cada orden tiene su propia bisagra. En el de génesis articula la praxeología: es el mecanismo por el que se transita de hecho. En el de justificación articula la axiología: es lo que autoriza el tránsito. No hay una bisagra, hay dos, y responden a preguntas distintas.

El circuito que sigue dibuja el orden de génesis, que es el que puede recorrerse. El de justificación no se recorre: se invoca cuando hay que decidir si el recorrido valía la pena.

La distinción entre ambos órdenes procede de El andamio y la pregunta, cap. 1, donde la bisagra se atribuye a la praxeología.

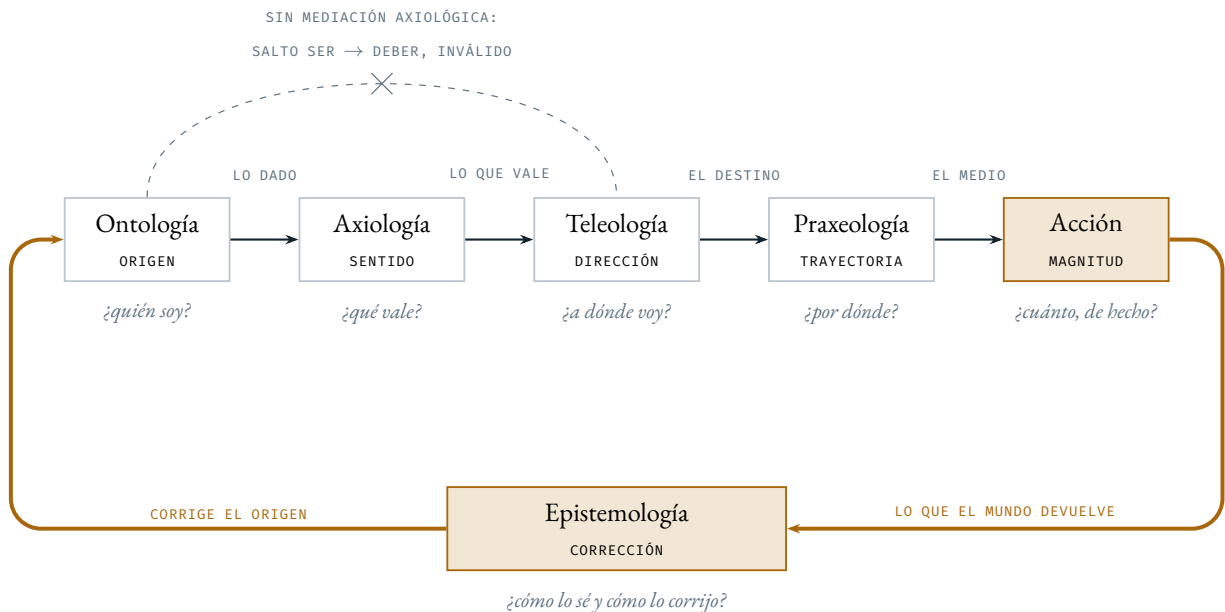
ORDEN DE JUSTIFICACIÓN · QUÉ AUTORIZA EL PASO



ORDEN DE GÉNESIS · CÓMO SE RECORRE EN EL TIEMPO



Los mismos dos extremos, articulados por piezas distintas según qué orden se recorra. **Confundir los órdenes produce dos errores simétricos:** creer que el mecanismo legitima el fin –que lo eficaz es por ello valioso– o creer que el valor produce el fin sin mecanismo –que declarar una dirección equivale a recorrerla.



La cadena superior es lo que casi cualquier esquema recoge. Lo que distingue a un circuito de una lista es la **vía de retorno**: la acción produce resistencia del mundo, la epistemología la interpreta y el origen se corrige. Sin esa vía, las cuatro primeras cajas son una declaración de intenciones. El arco discontinuo marca el atajo que la axiología existe para impedir. Es el **orden de génesis**: el de justificación corre en sentido contrario y no se dibuja aquí.

La epistemología no se disuelve: se desplaza

Contra la quinta componente cabe una objeción más fuerte que la anterior, y conviene enunciarla en su mejor versión. Si la inmanencia es algo que se construye, entonces conocer no es una actividad aparte: es esa construcción misma. Darle capítulo propio a la epistemología duplicaría lo que ya ocurre en todas las demás componentes, y arriesgaría algo peor —reinstalar un tribunal que juzga desde fuera, una mirada sin lugar, la esencia que se echó por la puerta volviendo por la ventana.

La objeción es buena y su temor es legítimo. Pero descansa en una ambigüedad de la palabra «conocer».

Dos sentidos de conocer

Conocer, en un primer sentido, es **construir** esquemas: asimilar, acomodar, asentar lo que funciona y reabrirlo cuando algo lo desborda. Aquí la objeción tiene toda la razón: ese conocer está distribuido, no admite sitio propio, y su lugar natural es la praxeología —es el mecanismo mismo.

Conocer, en un segundo sentido, es poder establecer que un esquema está **defectuoso**. No construirlo: auditarlo. Y este segundo sentido no se deja distribuir, por una razón formal antes que filosófica: es aquello que arbitra entre las partes, y un árbitro repartido entre los jugadores no arbitra nada.

Disolver la epistemología es correcto para el primer sentido y desastroso para el segundo. Y como el segundo hace falta de todos modos, lo que ocurre al negarle sitio no es que desaparezca. Es que se desplaza.

Lo que se disuelve reaparece sin nombre

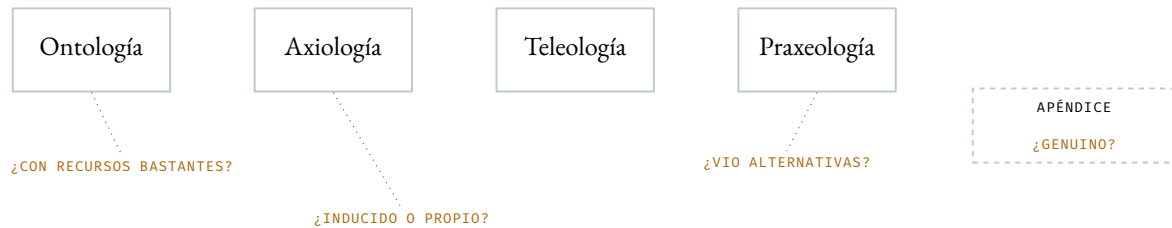
La componente deja huellas, y se la puede rastrear: aparece dondequiera que un marco necesite distinguir una construcción buena de una construcción cómoda.

Aparece cuando se dice que la zorra que declara verdes las uvas inalcanzables no está eligiendo, sino padeciendo una preferencia deformada por la privación: para afirmar eso hace falta un criterio que la propia zorra no tiene. Aparece cuando se pregunta qué distingue un interés genuino de uno inducido, y se responde —correctamente— que sus *condiciones de formación*: suficiencia, ausencia de manipulación, exposición plural. Y aparece en el temor de que un diálogo recursivo acabe blanqueando lo que la propia interlocución sembró, que es exactamente el fallo descrito más adelante: un bucle incapaz de refutar nada.

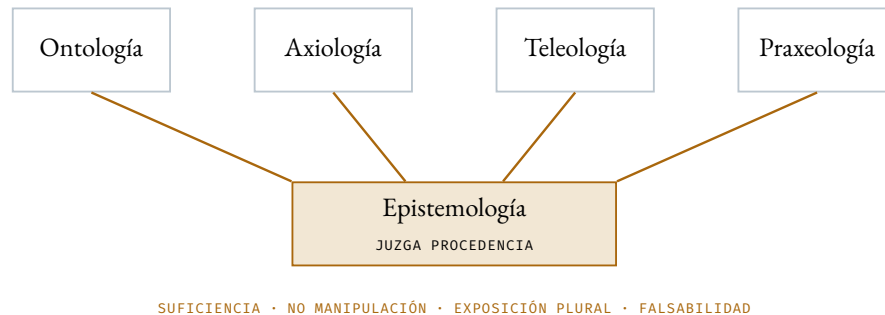
—
La objeción, en su forma desarrollada, en El andamio y la pregunta, cap. 1, donde la epistemología no recibe capítulo propio.

—
Las tres apariciones: El andamio y la pregunta, §2.2 (zorra y uvas), B.4 (interés genuino) y la Coda (la lavadora).

DISUELTA • EL CRITERIO OPERA, PERO NO SE DECLARA



NOMBRADA • EL MISMO CRITERIO, REUNIDO Y CONTESTABLE



Arriba, el criterio operando *ad hoc* en tres lugares y un apéndice, sin nombre común: cada aparición hay que descubrirla. Abajo, el mismo criterio recogido en un sitio, con contenido explícito. No se ha añadido nada al esquema —se ha reunido lo que ya estaba trabajando en él.

Tres apariciones del mismo criterio, en tres lugares distintos, ninguna nombrada como tal, y la más precisa de las tres confinada a un apéndice. Eso no es una componente ausente: es una componente dispersa. Y una componente dispersa tiene un defecto característico —se invoca cuando se la ataca y se olvida cuando se construye.

La resolución: juzga procedencia, no contenido

El temor de la objeción —el tribunal sin lugar— se conjura con una restricción precisa sobre el alcance de la componente, y la restricción es esta: la epistemología **no juzga los contenidos, juzga su procedencia**.

No pregunta «¿es esta la dirección correcta?». Esa es la pregunta axiológica, y responderla desde fuera sí sería un mirador ilegítimo. Pregunta otra cosa: «¿bajo qué condiciones se formó esta dirección, y podría yo darme cuenta si estuviera equivocada?». Es una pregunta sobre el historial de una convicción, no sobre su verdad. Y por eso no necesita ningún exterior: las condiciones de formación son hechos del propio recorrido, accesibles desde dentro.

Con esa restricción la componente tiene contenido preciso —tres criterios recogidos de donde estaban dispersos y uno ya establecido aquí:

- **Suficiencia** — ¿se formó con recursos bastantes? Una preferencia nacida de la privación no cuenta como elección.
- **No manipulación** — ¿se formó sin que otro gobernara el proceso? Nadie debe dominar los fines de otro, y menos sin que se note.
- **Exposición plural** — ¿se formó habiendo visto alternativas reales? No se rechaza lo que nunca se tuvo delante.
- **Falsabilidad** — ¿qué me haría admitir que me equivoqué? Sin respuesta a esto, lo demás es decorado.

Nombrarla, entonces, no introduce un cuerpo extraño: recoge lo que ya operaba y lo vuelve contestable. Y esa es la razón de fondo para darle sitio. Un criterio sin nombre no se puede discutir: se aplica cuando conviene, se omite cuando estorba, y nadie puede señalar la omisión —porque no hay nada declarado contra lo cual señalarla.

Aplicada a este texto

La componente obliga a volverla sobre el escrito que la propone. Estas tesis se formaron en un intercambio con una inteligencia artificial, y el criterio pide auditar esa procedencia, no confiar en que el resultado suene bien. De los cuatro, el tercero es el que peor sale parado: un solo interlocutor, por sostenido que sea, no es exposición plural. El cuarto queda enunciado —cada sección dice qué la refutaría— pero enunciar una condición no es haberla puesto a prueba.

Registrarlo no es una cortesía. Es el único uso honesto de la componente: aplicarla primero donde más incomoda.

VI

El vector: origen, dirección, sentido, magnitud

Si el circuito desemboca en la acción, la filosofía deja de ser un ejercicio intelectual y afirma un vector. La metáfora es más precisa de lo que parece, siempre que se respete la distinción física estricta entre sus atributos:

- **Origen** es el punto material desde el que se parte, aquí y ahora. No lo fija ninguna componente: lo encuentra uno ya puesto.
- **Dirección** es la recta sobre la que se actúa: el dominio de la vida donde uno se juega algo. La fija la teleología.
- **Sentido** es hacia qué extremo de esa recta. Misma dirección, sentidos opuestos: dos personas pueden dedicar la vida al conocimiento, una para liberar y otra para dominar. Lo decide la axiología.
- **Magnitud** es la intensidad efectivamente desplegada. Solo la mide la acción —y con una precisión sobre qué mide exactamente, que se examina al final.

De los cuatro, tres se deciden y uno no. El origen se hereda: no parte del mismo punto quien creció con una biblioteca en casa que quien creció sin luz eléctrica. Por eso las condiciones materiales no son el contexto del vector, son uno de sus términos —y por eso una filosofía que hable de dirección y sentido sin hablar del origen está describiendo el vector de alguien en particular y llamándolo universal.

Que la magnitud sea inobservable desde dentro del pensamiento es el argumento entero. Una filosofía no ejecutada tiene dirección y sentido, pero magnitud cero: formalmente es el vector nulo, y el vector nulo no tiene dirección definida. No es que sea una filosofía débil. Es que aún no es un vector.

—
El origen como cuarto rasgo del vector, y su carga material, en El andamio y la pregunta, §4.2.

VII

Inmanencia: por qué el fin no está al final

Aristóteles distinguía *poiesis* de *praxis*. La primera tiene su fin fuera de sí: fabricar una mesa termina en la mesa. La segunda lo lleva dentro: vivir bien no produce nada aparte de sí mismo.

La distinción decide el estatuto de todo el esquema. Si el fin fuera trascendente —situado más allá de la vida—, la praxeología convertiría la existencia entera en medio, y el valor quedaría diferido para siempre a un punto al que por definición no se llega. Al declarar **inmanente** el vector, esa fuga se cierra: la acción no *conduce* a la realización de la filosofía, *es* su realización, en cada tramo. El fin no está al término del recorrido sino distribuido en él.

Hay un precedente exacto. El *conatus* spinoziano es simultáneamente lo que una cosa es y aquello hacia lo que tiende. Bajo esa lectura, ontología y teleología no son dos componentes que haya que articular: son la misma

—
Spinoza: el conatus, el esfuerzo por perseverar en el propio ser, es la esencia actual de la cosa. Ontología y teleología, el mismo hecho en reposo y en movimiento.



La distancia no aleja de la acción: es su condición de posibilidad. Solo desde ella el objeto puede ser interrogado, y solo interrogado puede ser transformado. El retorno del tercer momento es la vía epistemológica del circuito: la transformación del objeto altera también al que la emprendió. Ahí es donde una filosofía deja de ser contemplación sin volverse mero activismo.

realidad descrita dos veces. El esquema converge ahí, y gana una economía que no tenía en su forma tripartita.

VIII

La pregunta como vector

Falta identificar qué genera el vector. Y la respuesta no es una respuesta: es una pregunta.

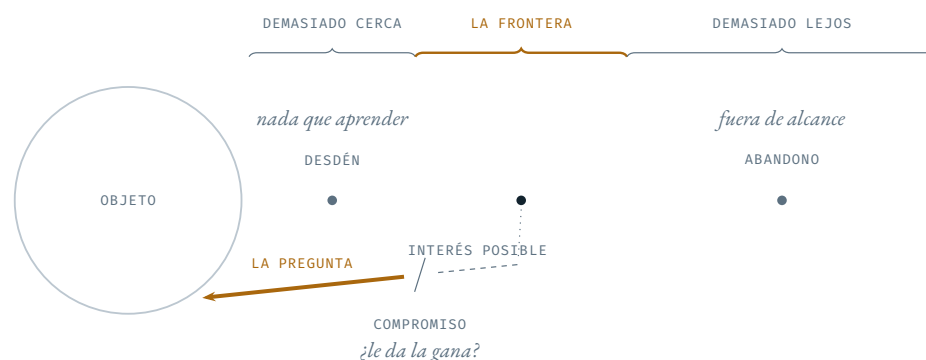
Los vectores que salen de la inmanencia son **las preguntas que uno se hace como producto de tomar distancia sobre el objeto de su interés**. Sumergido en algo, uno no tiene vector: tiene inercia. La distancia es la operación que convierte la inmersión en objeto, y el objeto en pregunta. Y la pregunta ya trae los atributos: nace en un origen, señala un dominio, apunta en un sentido y exige una intensidad. Es un vector antes de tener respuesta —de hecho, precisamente por no tenerla.

Cuánta distancia

Decir «tomar distancia» deja sin responder *cuánta*. Y la cantidad no es indiferente: hay un óptimo.

Cada quien mide los objetos contra su propio universo de significados. Un objeto demasiado cercano a lo que ya se domina no produce pregunta

—
El modelo de la distancia epistémica procede de Hernández Lizárraga (1996/2020); se desarrolla en El andamio y la pregunta, §4.4.



El mismo objeto y la misma persona: lo único que cambia es la distancia entre ambos. Solo la franja intermedia genera pregunta; a un lado queda el desdén, al otro el abandono. Y la compuerta indica que ni siquiera ahí es automático —la frontera hace posible el vector, no lo dispara.

sino desdén —no hay nada que aprender—; uno demasiado lejano tampoco, sino abandono —es inalcanzable—. Solo el objeto que cae en **la frontera**, ni trivial ni imposible, puede volverse un problema que detone el esfuerzo. Es la misma franja que Vygotski llamó zona de desarrollo próximo, leída desde el que pregunta y no desde el que enseña.

La distancia no basta

Aquí una salvedad que corrige el esquema: percibir un objeto en la frontera no obliga a atenderlo. El detonador puede estar puesto y la voluntad no encenderse —la pólvora, a veces, está mojada—. Faltaría ver, en la formulación original del modelo, *si le da la gana*.

La distancia hace **posible** el interés; no lo determina. Lo que mueve el vector no es el objeto, sino el compromiso de quien lo mira. Son, pues, dos factores y no uno: la distancia abre la posibilidad de la pregunta, el compromiso la actualiza. Un esquema que solo tuviera el primero explicaría por qué ciertas preguntas *pueden* nacer, pero no por qué unas nacen y otras se quedan en el umbral.

IX

La condición que hace real el bucle

Para que la acción cierre el circuito y no solo lo decore, tiene que poder **refutar** la filosofía, no únicamente expresarla.

Si toda acción confirma el esquema, el bucle es ornamental y estamos ante una identidad que se representa a sí misma. La retroalimentación es

genuina cuando la experiencia de actuar puede obligar a corregir la respuesta a *quién soy* —descubrir, por ejemplo, que lo que se creía la propia dirección no resistió el primer costo real. Ese es el momento en que la componente epistemológica hace su trabajo, y suele ser incómodo. Un esquema que nunca duele no está midiendo nada.

x Compromiso y apertura

Lo anterior, dicho solo, se presta a un malentendido: que una filosofía viva deba estar revisándose siempre. No es eso. La exigencia no es revisar sin descanso, sino que la revisión sea *posible* cuando el mundo la impone.

El vector no está abierto todo el tiempo. Se cierra en compromisos estables —una vocación, una relación, una convicción— que duran hasta que algo los reabre. Comprometerse y volver a abrirse no son opuestos: son dos fases del mismo latido. Y el compromiso no es una concesión a la comodidad ni una traición a la apertura: es constitutivo. Sin él no hay magnitud, porque no hay nada sostenido el tiempo suficiente como para desplegarse.

De ahí que el criterio no sea la apertura máxima, sino la resiliencia. Un vector **rígido** ya no se modula: es el fanático de una sola meta, que ha dejado de poder equivocarse. Un vector **frágil** se rompe al primer golpe y deja de preguntar. El vector sano absorbe el golpe y vuelve a preguntar desde un lugar nuevo.

Una vida de preguntar perpetuo no es florecimiento: es desarraigo. Lo que la componente epistemológica exige no es duda permanente, sino equilibrio puntuado —largos tramos de compromiso, interrumpidos por reaperturas que el mundo fuerza y uno acepta.

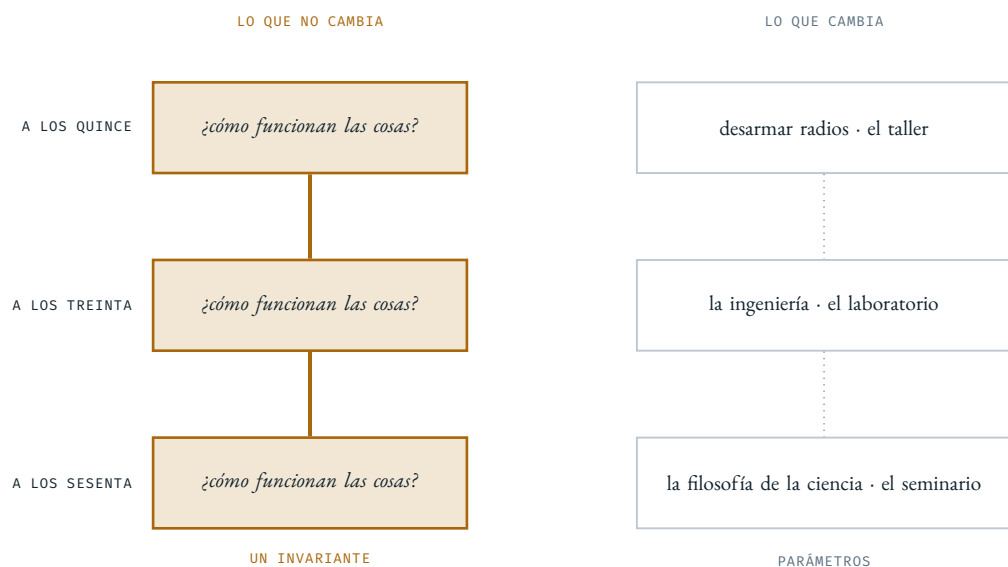
Qué permanece

Queda una pregunta en el aire, y es la que un lector atento viene arrastrando desde hace varias secciones. Si los compromisos se cierran y se reabren, si el origen se corrige, si hasta los ejes contra los que se mide pueden girar, ¿en qué sentido sigue siendo la misma filosofía —y la misma persona— después de tantas revisiones? Si todo es revisable, ¿qué queda?

La respuesta ya estaba dicha aquí, solo que sin nombrarse, y se sigue de haber identificado el vector con una pregunta. Lo que permanece no son las respuestas: es la pregunta que uno insiste en hacerse. Las respuestas son

—
Las dos fases y el criterio de resiliencia, en El andamio y la pregunta, §4.6.

—
La estructura de invariantes y parámetros, en El andamio y la pregunta, §4.7.



La afirmación está en la lectura vertical. Bajando por la columna central no cambia nada; bajando por la derecha cambia todo. Los tramos ocre indican que se trata de una sola pregunta, no de tres parecidas; el punteado tenue, que entre una respuesta y la siguiente no hay continuidad que preservar. La identidad la sostiene la columna que no se mueve.

parámetros —cambian por etapa, y deben cambiar—; las preguntas son **invariantes**.

De ahí se obtiene **identidad sin esencia**, que es exactamente lo que una filosofía de la inmanencia necesita y no podía tomar prestado de ninguna parte. Uno cambia de oficio, de convicciones y de método —cambia cada respuesta que dio— y sigue siendo el mismo, porque sigue desvelándole lo mismo. No hay un núcleo sustantivo debajo de los cambios. Hay una insistencia.

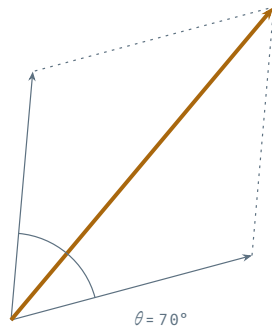
Esto prepara además la dificultad de la última sección. Allí se verá que la resultante de una vida no cierra mientras se vive, y cabrá preguntar qué sostiene entretanto la identidad de quien la despliega. No la sostiene el saldo acumulado —ese no está disponible—: la sostiene la pregunta que se mantuvo abierta.

XI

Composición: dos regímenes

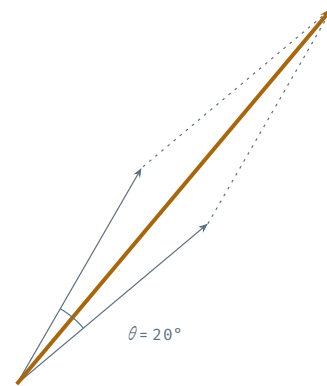
Los vectores se componen —pero no de la misma manera según se sostengan a la vez o se sucedan en el tiempo. Confundir ambos regímenes es el error más fácil de cometer con esta imagen, y conviene separarlos antes de seguir.

ÁNGULO AMPLIO



RESULTANTE: 81,9% DE LA SUMA

ÁNGULO REDUCIDO



RESULTANTE: 98,5% DE LA SUMA

Vale para vectores sostenidos a la vez, no para los que se suceden. Las cuatro componentes tienen idéntica magnitud en ambos casos: lo único que cambia es el ángulo entre ellas. Reducirlo de 70° a 20° recupera 16,6 puntos de despliegue efectivo sin invertir un gramo más de esfuerzo. Las resultantes y los porcentajes no están dibujados: los calcula el propio motor de la figura a partir de los ángulos.

Lo simultáneo: el ángulo cuesta magnitud

Nadie sostiene un solo vector: hay varios a la vez y a menudo en ángulo, y lo que se despliega efectivamente es la resultante, casi siempre menor que la suma de las magnitudes invertidas.

De ahí que buena parte del trabajo filosófico práctico no consista en encontrar la dirección correcta sino en **reducir el ángulo entre los vectores que uno ya tiene**, para que dejen de cancelarse entre sí. La coherencia, medida así, no es una virtud estética: es magnitud recuperada.

Lo sucesivo: el orden importa

Para los vectores que se suceden, en cambio, la suma vectorial es un modelo falso, y conviene decir exactamente por qué.

En física la suma es conmutativa: $a + b$ y $b + a$ llegan al mismo punto, y el orden es indiferente. Una biografía no funciona así. Cada experiencia no se añade a un sujeto invariable: actúa sobre el estado en que lo encuentra, y ese estado es distinto según cuándo llegue. La misma lectura a los veinte y a los cincuenta no deja el mismo residuo. No se componen vectores: **se componen transformaciones, y las transformaciones no conmutan**.

Y hay un caso extremo que el modelo aditivo no puede representar en absoluto: a veces una indagación no añade una flecha, sino que **gira el sistema**

—
La no conmutatividad de la biografía y el giro de ejes se desarrollan en El andamio y la pregunta, §4.3.



Las mismas dos experiencias, *a* y *b*, en los dos órdenes posibles. En física ambas rutas cierran en el mismo punto. En una biografía no: el segundo tramo difiere porque la experiencia encuentra a alguien que la primera ya cambió, y las rutas terminan en personas distintas. El tercer panel muestra el caso que ninguna suma recoge: los vectores no se movieron —se movieron los ejes contra los que se miden.

de coordenadas. Después de ella, todo lo acumulado antes —sin haberse movido— significa otra cosa.

Esto acota la figura anterior sin invalidarla: el paralelogramo describe bien lo que uno sostiene a la vez, y describe mal lo que le ha ido pasando. La resultante de una vida, en rigor, solo se cierra de manera póstuma —y aun entonces se sigue releendo.

Y una advertencia técnica que pertenece a la componente epistemológica: no hay dirección absoluta, solo relativa a un marco de referencia. Explicitar desde qué marco se afirma el propio vector —una tradición, una comunidad, una historia— es parte del trabajo. Sin marco declarado, la afirmación de dirección es indistinguible de la mera inercia.

XII

Qué mide exactamente la acción

Lo anterior deja una objeción alojada en el cuerpo del esquema, y conviene sacarla antes de cerrar. Si la resultante de una vida solo cierra de manera póstuma, entonces la medida nunca está disponible para el que es medido. Y una unidad de medida que nadie puede leer no es una unidad de medida. La tesis central de este escrito —que la acción es lo que mide a las otras cinco componentes— parecería quedarse sin instrumento.

—
El cierre póstumo de la resultante, en El andamio y la pregunta, §4.3.

La objeción tiene razón, y tenía que tenerla

Lo primero es concederle todo el terreno que le corresponde: el total no cierra en vida, y no por una limitación práctica sino por necesidad.

Si el fin es de actividad y no una meta, no puede haber recuento final mientras se vive, porque un recuento final convertiría la actividad en producto —la praxis en poiesis— y el fin en aquel punto de llegada que se había rechazado. Que el total no se deje cerrar no es un defecto descubierto tarde: es una consecuencia directa de la tesis de la inmanencia. Un esquema en el que la magnitud pudiera totalizarse en vida sería un esquema que se contradice a sí mismo.

Pero el total nunca fue la medida

La objeción funciona porque desliza una sustitución. Hay dos magnitudes distintas, y solo una es póstuma.

Tomando prestada una imagen del cálculo: la **magnitud acumulada** es la integral de una vida entera, y esa efectivamente no cierra —ni siquiera después, porque se sigue releendo. La **magnitud en curso** es otra cosa: cuánto se está desplegando ahora, en este tramo. Y esa es legible en cualquier momento, porque no necesita que la serie termine.

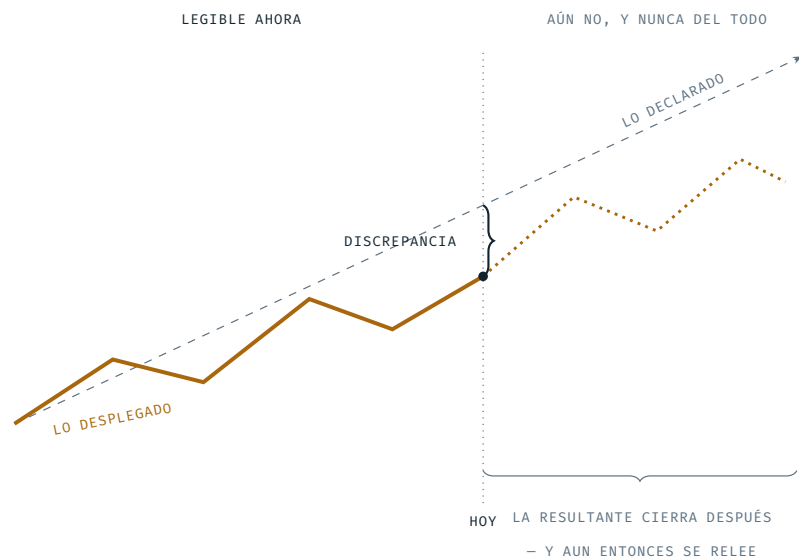
El esquema requiere la segunda, no la primera. Lo que se le pide a la acción no es un balance de la vida; es un veredicto sobre si lo declarado está ocurriendo.

Y lo que se lee no es una cantidad, sino una discrepancia

Todavía más preciso: la acción no entrega una cifra. Entrega la distancia entre dos cosas que sí están disponibles —lo que uno declaró y lo que uno ha desplegado.

Esa distancia se lee sin esperar a nada. Se lee preguntando si el dominio en que se dice jugar algo es aquel al que efectivamente se le da el tiempo; si el sentido declarado sobrevive cuando cuesta; si la trayectoria real se parece a la recta enunciada. Ninguna de esas preguntas necesita que la vida haya terminado. Todas necesitan, en cambio, que algo se haya declarado antes —y ahí se ve que la componente axiológica y la teleológica no son adorno: son las que hacen que exista una discrepancia que medir. Contra nada no se mide nada.

Aquí se ve además por qué esta es justamente la medida que exige la condición de refutación. «¿Qué me haría admitir que me equivoqué?» es una pregunta responsable precisamente porque la discrepancia es legible



Lo declarado es una recta; lo desplegado, casi nunca. La discrepancia entre ambos es legible hoy —basta con que haya una declaración contra la cual comparar. Lo que no cierra, ni cerrará en vida, es el trazo punteado: la resultante acumulada. La objeción pedía leer esa y concluía que no había medida alguna.

ahora. Si solo existiera la magnitud acumulada, nada podría refutar nada en vida y el bucle sería ornamental por construcción.

Dos medidas, dos lectores

Queda una asimetría que conviene nombrar, porque de ella venía la confusión. Las dos magnitudes no se leen solo en momentos distintos: las leen personas distintas.

La discrepancia se lee en primera persona y en vida —y solo puede leerla quien declaró, porque solo él sabe contra qué comparar. La resultante se lee en tercera persona y después —y nunca de manera definitiva, porque una biografía es lectura, no dato último.

La objeción suponía una sola medida con un solo lector. Hay dos, y ninguna invade el terreno de la otra. Lo que no cabe es exigirle a la primera la clausura de la segunda: pedirle un balance a una vida en curso es pedirle que haya terminado. Y mientras no termina, lo que sostiene la identidad no es el saldo, sino la pregunta que sigue abierta.

Carta de referencia

COMPONENTE	PREGUNTA	PAPEL VECTORIAL
Ontológica	¿Quién soy? ¿De dónde vengo?	ORIGEN
Axiológica	¿Qué vale la pena, y por qué eso y no otra cosa?	SENTIDO
Teleológica	¿A dónde voy? ¿Cuál es mi visión?	DIRECCIÓN
Praxeológica	¿Qué medios alcanzan ese destino?	TRAYECTORIA
Epistemológica	¿Cómo lo sé? ¿Qué me haría admitir que me equivoqué?	CORRECCIÓN
Acción	¿Cuánto de todo esto ha ocurrido de hecho?	MAGNITUD

Cinco componentes y un desenlace. El desenlace no es una sexta componente: es la prueba a la que se someten las otras cinco. Y no entrega una cifra —esa no cierra en vida—, sino la discrepancia entre lo declarado y lo desplegado, que sí es legible en cualquier momento.

Procedencias

- **Estoicos** — división del saber en física, ética y lógica; el antecedente de la tríada.
- **Kant**, *Crítica de la razón pura* (Canon) — las tres preguntas de la razón, con la epistémica en primer lugar.
- **Hume**, *Tratado de la naturaleza humana* III.i.i — la imposibilidad de derivar el deber del ser sin premisa intermedia.
- **Aristóteles**, *Ética a Nicómaco* VI — *praxis* frente a *poiesis*: la acción cuyo fin está en sí misma.
- **Spinoza**, *Ética* III, prop. 6–7 — el *conatus* como esencia actual de la cosa.
- **Marx**, *Tesis sobre Feuerbach* XI — la interpretación del mundo frente a su transformación.
- **Freire**, *Pedagogía del oprimido* — la praxis como reflexión y acción sobre el mundo para transformarlo.

- **Elster**, *Sour Grapes* (1983) — las preferencias adaptativas: por qué un interés sincero puede no ser genuino.
- **Hernández Lizárraga** (1996/2020) — el modelo de la distancia epistémica: la frontera entre lo trivial y lo inalcanzable.
- **Hernández Lizárraga**, *El andamio y la pregunta* (2026) — obra matriz de la que este escrito es el núcleo formal. Cap. 1 (los dos órdenes y la disolución de la epistemología), §2.2 y B.4 (las condiciones de formación), §4.2 (el origen), §4.3 (la trayectoria y el cierre póstumo), §4.4 (la distancia epistémica), §4.6 (las dos fases), §4.7 (invariantes y parámetros) y la Coda. DOI: 10.5281/zenodo.21434177.

COMPUESTO EN EB GARAMOND 12 Y FIRA MONO.

DOCUMENTO DE TRABAJO, REVISABLE — COMO CORRESPONDE A SU TESIS.

DISTRIBUIDO BAJO LICENCIA CREATIVE COMMONS ATRIBUCIÓN 4.0 INTERNACIONAL.

PUEDE COPIARSE, ADAPTARSE Y REDISTRIBUIRSE CITANDO LA FUENTE.